

Este fascículo es un abrebocas de la novela *La Aldea*, cuyo autor, Bruno Elías Maduro, es un escritor, filósofo y poeta colombiano que ha publicado varios trabajos literarios, producto de su oficio narrativo de más de tres décadas.

En *La Aldea*, su novela más reciente y próxima a salir al público, se describe un mundo, que en sus inicios se derrumba y, luego, por el ímpetu de los personajes, empieza a reconstruirse. Después de una catástrofe en la primera aldea, los personajes deciden comenzar desde cero, como si la humanidad tuviera que volver a nacer. Antes de que exista una nueva aldea, han pasado situaciones que confrontan a los actores de cada capítulo con la incertidumbre que les impone su destino. La lucha por la vida no es solo contra las leyes naturales, ni frente a las adversidades que acusa la necesidad. La existencia o la supervivencia de la especie humana van más allá. Si alguien quiere triunfar, debe prepararse para el combate contra el fracaso prefabricado que, desde antes de nacer, les está esperando en este mundo. Los primeros humanos que fundaron la civilización legaron la fuerza para esa lucha, la misma que busca el resurgimiento de lo humano cuando ha existido alguna catástrofe. Los personajes de la novela tuvieron que, no solo descubrir el mundo, sino penetrar, también, sus territorios desconocidos, afrontar la incertidumbre, tratar de dominar nuevamente la tierra, pelear contra la adversidad para así evitar que esa primera madre se los tragara. Ese conflicto que ellos afrontaron es el mismo que aún persiste en nuestro presente. La lucha por la existencia implica muchas veces el desequilibrio, ocasionado no solo por el enfrentamiento contra las leyes naturales sino por la misma socialización humana.

*La Aldea* es un relato construido con una técnica pensada para el lector contemporáneo, ese que, muchas veces, carece de tiempo personal para leer grandes relatos; ese tiempo vital que es necesario para reflexionar sobre los temas trascendentales

que siguen soportando los pilares de nuestra civilización. Tomando como base la región Caribe colombiana, sus grandiosos escenarios, y las costumbres de sus pobladores originarios, se construye una trama que conduce al lector por caminos siempre sorprendentes.

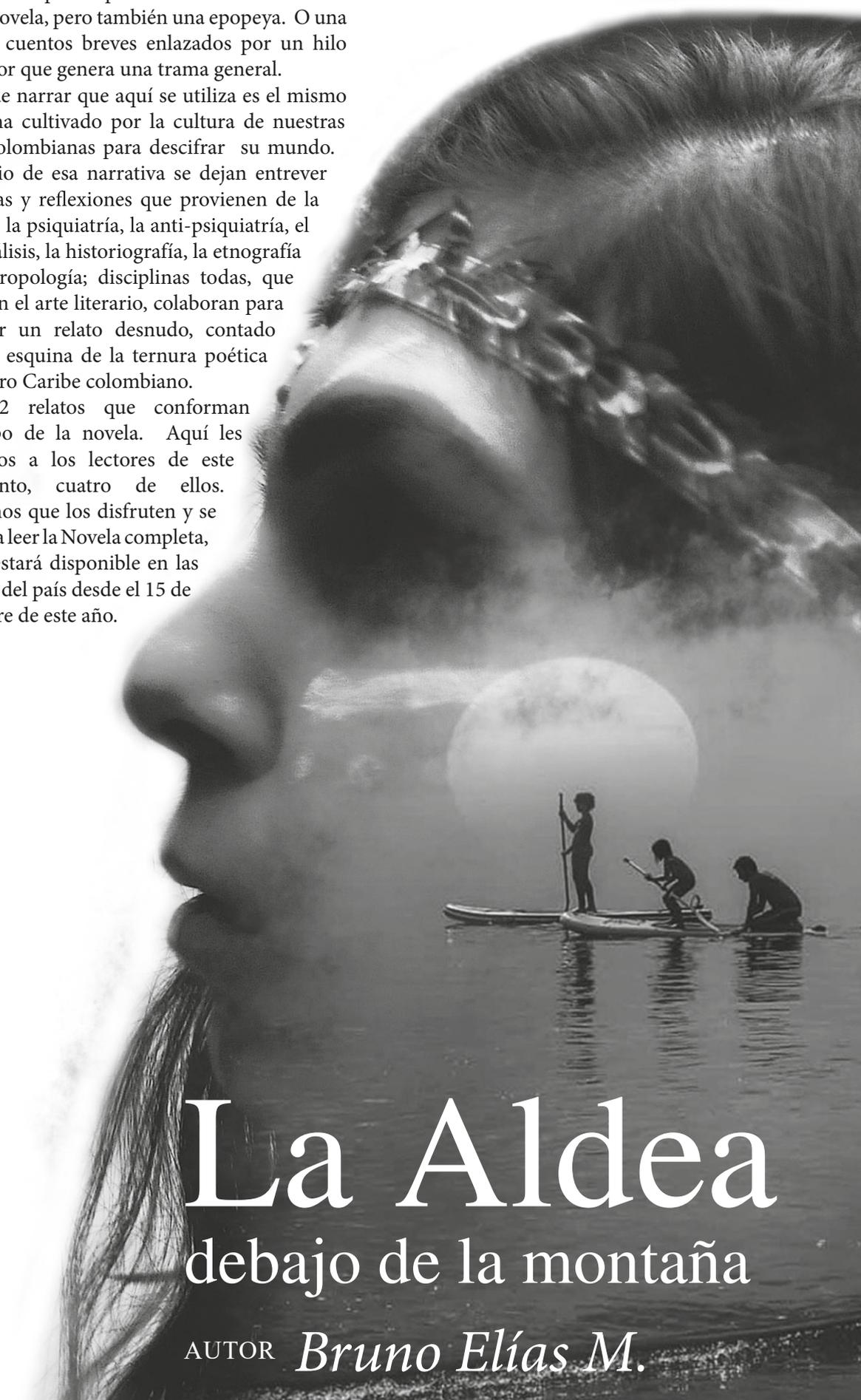
Es una novela, pero también una epopeya. O una serie de cuentos breves enlazados por un hilo conductor que genera una trama general.

El arte de narrar que aquí se utiliza es el mismo que se ha cultivado por la cultura de nuestras costas colombianas para descifrar su mundo.

En medio de esa narrativa se dejan entrever categorías y reflexiones que provienen de la filosofía, la psiquiatría, la anti-psiquiatría, el psicoanálisis, la historiografía, la etnografía y la antropología; disciplinas todas, que tejidas en el arte literario, colaboran para construir un relato desnudo, contado desde la esquina de la ternura poética de nuestro Caribe colombiano.

Son 102 relatos que conforman el cuerpo de la novela. Aquí les ofrecemos a los lectores de este suplemento, cuatro de ellos.

Esperamos que los disfruten y se animen a leer la Novela completa, la cual estará disponible en las librerías del país desde el 15 de diciembre de este año.



# La Aldea

## debajo de la montaña

AUTOR *Bruno Elías M.*

# Relato 1

*“Él sabía que si me abandonaba, ninguno cantara como canto yo...”*

Leandro Díaz

Mercedes había tenido un sueño aterrador. Desde hacía varios años los aldeanos hablaban de la destrucción. Se despertó al final de la madrugada y vio el cubrelecho revuelto por el estropicio que había hecho con las piernas. La cama había rodado en medio de la noche, la repisa se movía aun, la pared también temblaba, pero las otras cosas de su cuarto estaban en su puesto, la mesa de noche tenía sus dos osos de peluche, un muñeco hecho a mano por ella misma, la caja de moñas que le hizo su madre, el pedazo de pelo que conservaba de ella, un prototipo de madera que simulaba el universo, unos guantes para el frío, unas bufandas que tenían su rostro y dos dados de cristal. Colgados en la mitad de la alcoba, también temblando, sus vestidos; en la repisa había un candelabro que ya no ardía. Mercedes alzó su cabeza lentamente y la giró de derecha a izquierda, fue entonces cuando advirtió que las almohadas yacían en el suelo. Comprobó que la cubría un sudor abundante, y temblaba.

En la madrugada había soportado un frío intenso; tocó su frente y no tenía fiebre o por lo menos no la sentía. Gradualmente, despacio, suavemente se puso en pie y empezó a componer su cama. Extendía las fundas en la ventana del cuarto, cuando de pronto vio a su padre, el carpintero Rafael Púa, que entraba a la habitación. Estaba limpiando la casa. Rafael había ordenado sus propias pertenencias, las tenía empacadas en cajas y bultos para el viaje. Faltaban las cosas de Mercedes. El terror estaba en el ambiente. El temblor de la tierra seguía.

El día anterior, los últimos vecinos que habían quedado en la aldea, después del aviso, abandonaron el lugar. En el caserío solo quedaban Rafael y su hija pequeña de nueve años. Era viudo. Manuela Santander le había dejado al carpintero Rafa una sola hija, la pequeña Mercedes. Manuela murió de una apoplejía. El volcán cercano, o una avalancha que podría provenir de los cerros contiguos, o la inundación del gran río que bordeaba la aldea, podían causar la temida catástrofe. Las versiones eran disímiles. Cada quien tenía que ver para dónde se iba. Rafael, terco e incrédulo a los rumores, pragmático, versado en las contingencias, experto en soportar las calamidades, no prestó atención a los murmullos. La gente de la aldea se fue yendo lentamente, hasta que las calles quedaron solas. Mercedes, a pesar de sus pocos años de vida, había cultivado la dicha de la soledad y cada día, cada momento, cada hora transcurrida en su retiro, aprendía a ser feliz; era una felicidad diferente, una felicidad que no tenía precio. Iba al río y a las fincas abandonadas donde solamente encontraba, si acaso, algunos rastros de sus vecinos, los habitantes de la aldea solo habían dejado las huellas débiles de una humanidad sin nombre. Rafael, por su parte, había caído en la cuenta del estado en que estaban los dos, sabía que no era bueno vivir tan alejados de la civilización. Permanecer aislados, sin vecinos ni familiares, prácticamente como ermitaños, en medio de un pueblo fantasma, no lo veía como la mejor alternativa para su vida. Esta desolada situación ponía en riesgo a su hija.

En la madrugada recogió lo que se podía empaquetar y envolver. No había dado a Mercedes las razones del porqué estaba amontonando y envolviendo los mobiliarios de su casa. Bajo un silencio casi absoluto, embolsó una a una sus maletas. Empacó sus herramientas de carpintería en varias bolsas de fique, las amarró a los animales que estaban en la puerta, luego tomó un balde grande para darles de beber a las bestias, acompañando el agua diáfana que contenía el recipiente con una proteína vegetal que él sabía preparar. Debía alimentar muy bien a los animales, las bestias tenían que acumular energías antes de comenzar el inesperado e incierto viaje que los esperaba. El grupo estaba compuesto por dos caballos, una mula grande y tranquila y una vaca lechera. Cogió los animales y los unió a una cabuya. Acopló la mula a un diminuto carruaje, que previamente había construido con cuidado y esmero,

suficientemente armado para poder soportar la carga y el largo trayecto que los esperaba.

A Mercedes la montó en uno de los caballos. Él hizo lo mismo en el otro. Un camino largo sin rumbo fijo se les presentaba. Apenas comenzaba la marcha. Poco a poco comenzaron los animales, sin ninguna voluntad de caminar. Mercedes, a lo lejos, veía cómo se perdían las cosas más significativas de su vida, aquellos lugares por donde correteaba con sus amigas, aquellos lugares donde estaba el recuerdo de su madre, aquellos espacios llenos de alegría y jolgorio, ahora se iban de ella.

La quebrada limpia, en donde bañaba sus muñecas. Los pastizales verdes donde jugaba con la lluvia y los insectos voladores. La escuela donde aprendió a leer. Esos espacios ahora estaban solitarios, hundidos en la desidia, lúgubres, desolados, vacíos, solo habitados por los recuerdos que deambulaban en sus esquinas. En su memoria vibraban aún aquellos gritos de gozo de los niños en las aulas, jugueteando en los pasillos, bromeando por los jardines, saltando de júbilo entre las plantas.

La caravana de los cuatro animales, el padre y la hija, iba dejando un polvo seco que se metía en las fosas nasales y dificultaba la respiración de Mercedes, y también de los caballos. Hacía meses no llovía, quizá más de un año. En la medida en que avanzaba la caravana, el pueblo se convertía en un punto que lentamente iba desapareciendo. Mercedes observaba cómo se alejaba la aldea. Cuando ya dejó de verla en la lejanía, empezó a llorar; presentía que la felicidad casi absoluta que había vivido en ese lugar, no volvería jamás a su vida. El dolor en el pecho se confundía con la rabia. La impotencia de no poder luchar con ahínco, con fuerza, con tesón, con coraje, con bravura, con esfuerzo, por las cosas que se aman, brotaba de su aliento entrecortado. Mercedes, a su pequeña edad, ya había aprendido que las circunstancias, los hechos, las condiciones que brotan de las cosas mismas, la mayoría de las veces ganan la partida y, esta vez, como había sucedido con la muerte de su madre, se presentaba otra de esas ocasiones en las que no se puede discutir de frente contra las vicisitudes de la vida, sin salir herido o derrotado. El lamento parecía la única alternativa. No hubo quejas contra Rafael. La rabia que ella tenía, comenzando el trayecto áspero y silencioso, era contra el destino.

El dolor que brotaba de su alma tenía muy pocas salidas. Huir podría ser una de ellas, pero llorar no estaba contemplado como parte de la solución.

El camino de la vida apenas estaba regalándole sus primeras letras. El ruido de los animales indicaba un trayecto largo y tedioso, el mismo que abría las puertas a un nuevo ciclo de la existencia, una existencia que desde ese momento se presentaba incierta e insegura.



## Relato 3

A cierta distancia se podía divisar la ciénaga. Algunas plantaciones esporádicas. Los sombreros de varios pescadores, el nailon, los anzuelos y las grandes atarrayas se asomaban. El mangle aún estaba seco por el prolongado verano que había sufrido, pequeñas hojas verdes salían de los troncos muertos, apresuradas por volver a la vida. En medio de un gris intenso, brotaban las ramas. Al final del recorrido, un caserío. Rafael Púa preguntó por el nombre del pueblo, alguien contestó.

–No tiene nombre, este pueblo es muy pequeño para tener un nombre.

–Un nombre es algo grande –dijo Rafael–, supongo que cuando crezca lo tendrá.

–No creo –replicó el hombre–, este pueblo tiene más de mil años. Hasta aquí vinieron los españoles y tampoco le pusieron un nombre, nadie se ha atrevido a bautizarlo.

Los animales y la caravana entraron de una buena vez, sin pedir permiso transitaron por las dos únicas calles lúgubres que conformaban la urbanización de la pequeña comarca sin nombre. El paso lento se podía oír por el eco. Las miradas se asomaban por las ventanas, el saludo lo hacían con un gesto desabrido, parecía como si una sola alma humana estuviese repartida entre ellos, como si cada persona solo tuviera un pedacito de espíritu en su ser. En el caserío había un anciano sentado frente a la puerta de su casa. Tejía tranquilo un trasmallo. Se puso de pie para ayudar a Rafael a bajar las cargas; el viejo pudo atar a los animales a una palmera que estaba casi seca, víctima también del verano. Acomodó los equipajes y también los envoltorios, luego los puso contra una pared, seguidamente les brindó agua a los visitantes, bebieron hasta saciarse, cogió otra cantimplora grande y les dio a beber a los animales en una tinaja. De la ciénaga venía un olor a salitre mezclado con mariscos secos. El olor incisivo impregnaba los espacios, estaba por todas partes. La ropa de Mercedes quedó

contagiada con ese aroma indeseado. El anciano les dijo:

–Pueden acampar aquí en este bohío, muy pocos visitantes llegan a este lugar, somos pescadores, llevamos los peces que atrapamos a Tasajera, un pueblo que queda al otro lado de la ciénaga. Tasajera es un pueblo que aún no conoce la autoridad ni el gobierno y cada quien hace lo que le da la gana, yo les aconsejo que no vayan a ese lugar, nosotros solo compramos y vendemos allí.

Rafael asintió y dijo que iba a tomar el consejo. Estaba agotado por el extenso viaje. Mercedes tenía el cuerpo destrozado, había soportado una larga y forzosa cabalgata. La niña solicitó, con ruegos, un lugar para sentarse. Se lo concedieron. El anciano quitó la vaca de la palmera seca, la amarró a un arbusto verde y le dio algo de la hierba que crecía en uno de los patios. El animal rechazó de un golpe la hierba criolla, revuelta con sal y mariscos. En cambio, empezó a comer de las hojas de varios arbustos con el beneplácito de los pescadores. A un lado de la aldea había un arroyuelo que traía agua dulce. De ese arroyo tímido, pero constante, se abastecían de agua los aldeanos. Rafael metió la mano en el agua del arroyo, la olió y la saboreó, intuyó que se podía beber. Después del ritual, sacó algo de dinero para pagar los servicios al anciano, quien lo estaba atendiendo. El anciano le devolvió el dinero.

“Guárdatelos –dijo–, aquí en este lugar el dinero no sirve para nada, nos basta con tu presencia, es un honor que usted y su niña nos visiten.” No hubo más palabras sobre el asunto del pago.

–Si usted quiere –prosiguió el anciano–, pueden quedarse a vivir aquí, no tenemos carpinteros, solo habitamos pescadores.

–¿Por qué sabes que soy carpintero? –inquirió Rafa.

–Traes herramientas de ebanista en la carreta –respondió el anciano–. Eso te delata.

Rafael prosiguió:

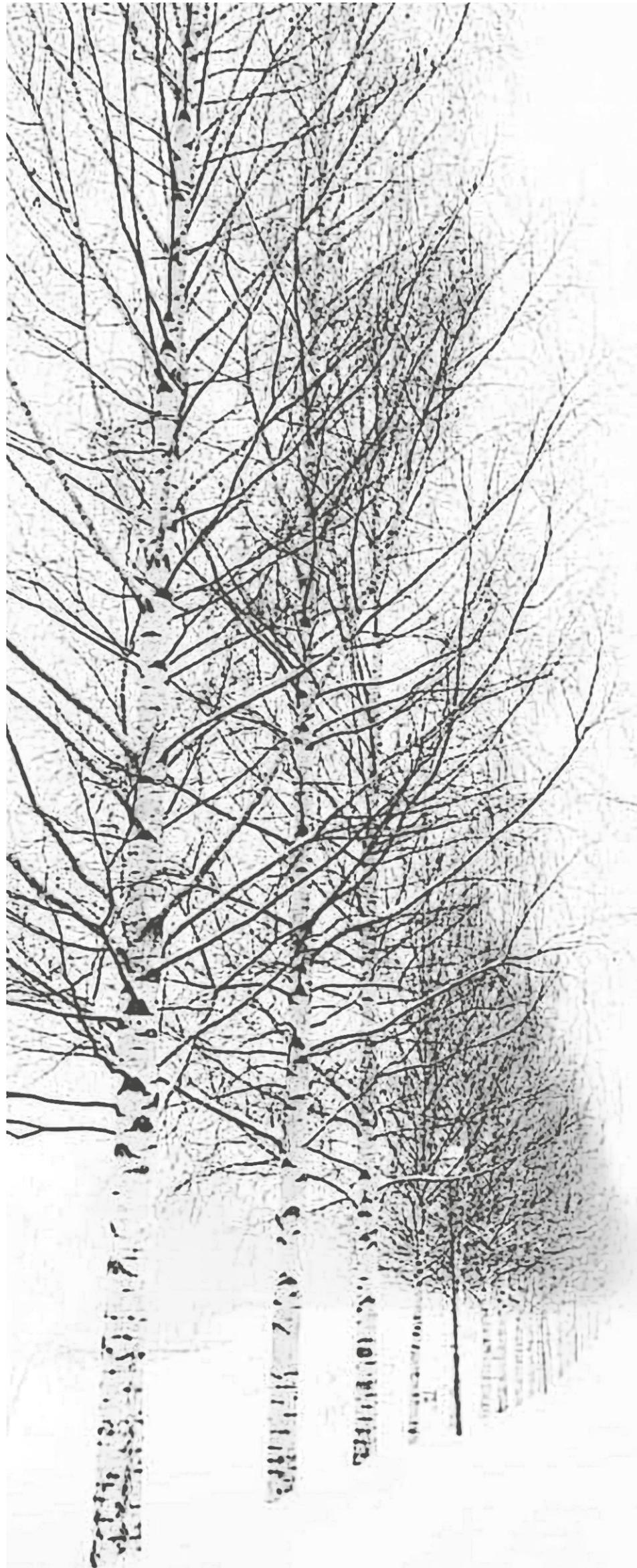
–Voy rumbo a Barranquilla, pero desconozco los caminos para

llegar hasta allá, un pueblo que, según me han contado, está habitado por judíos, turcos, árabes y cachacos. Ellos pueden llegar a ser mis clientes. La ebanistería es mi profesión. Agradezco lag hospitalidad. Solo estaré unos días, mientras descansan los animales y mi hija toma fuerzas para seguir el duro camino. Es muy débil. Apenas es una niña.

Al día siguiente, Rafael sacó sus herramientas y empezó a cortar árboles secos del manglar. Improvisó un mesón de carpintería y empezó a construir sillas, mesas, camas, alacenas y repisas para cada vivienda del lugar. Mercedes, ese mismo día, encontró amigas de su edad, les enseñaba juegos que en la soledad de la aldea abandonada había inventado. También empezó a enseñarles a leer y escribir. El pueblo no conocía las letras ni las palabras escritas. Mercedes les mostraba a los pobladores los párrafos largos que ella devoraba. A la gente le parecía algo extraordinario que existiese la escritura. Son diminutas pinturas, decían, cuando se juntan eso que tu llamas palabras, se arma una especie de jeroglífico, un acertijo lleno de manchas y pequeños espacios. Se necesita mucho esfuerzo mental para comprender una palabra, repetían. Es un invento, un invento extraordinario, recalaban los ancianos. Se sorprendieron cuando vieron que Mercedes podía llegar a traducir esas manchitas y convertirlas en palabras audibles y agradables. Mercedes recortó los periódicos viejos que venían en las sillas de la mula y los caballos y se dedicó a enseñarles las letras y las palabras, una a una. Todos estaban sorprendidos. En el juego didáctico, Mercedes se comportaba como una maestra excelente, una oradora elocuente y una lectora voraz. Todos estaban fascinados con ella, sometidos a un asombro cautivador. El analfabetismo absoluto gobernaba el lugar. Mercedes quería forzar a sus amiguitas a leer en poco tiempo los libros de cuentos infantiles que ella traía en sus maletas. Pero cayó en la cuenta de que ese proceso podía durar mucho más. Entonces, al notar que ellas no avanzaban, cambió la estrategia y se dedicó a leerles las historias de sus libros en voz alta. La rodeaban. No solamente estaban los niños, alrededor de las lecturas la aldea completa estaba como hipnotizada. Cuando llevaban un mes en la aldea, los niños se habían vuelto adictos a la pequeña Mercedes. Rafa inundó de mobiliarios las pequeñas casas de la aldea. Cuando terminó de poblar cada casa con sus muebles de madera, llamó a su hija, la sacó del círculo de juego infantil donde se había reunido hasta ese momento con las otras niñas del pueblo lacustre, y le dijo:

–No podemos quedarnos aquí. La ruta más cercana a Barranquilla dura un mes y medio completo, me lo dijo un poblador que acaba de regresar a esta aldea sin nombre, esa persona conoce los caminos, ya me indicó cómo puedo llegar a la gran ciudad, es un camino largo pero ya sé cómo ubicarme, y tenemos que prepararnos para el extenso viaje.

Mercedes ya se había acostumbrado a sus amiguitas y estaba amañada en el caserío. A pesar de ser un pueblo lúgubre y melancólico, tenía amiguitos reales y humanos, adultos que la amaban, las señoras de la aldea también estaban apegadas a ella, la habían adoptado como a una niña más en sus familias. Otra vez tenía que montarse en el caballo y soportar la marcha. Papa Rafa, como le decía, era terco. No resistía la contradicción. Cuando decidieron irse, los habitantes se reunieron para darles el adiós, quizá la niña y el carpintero podían ser los últimos visitantes de una aldea olvidada en medio del tiempo, sin nombre y sin rastro, pero con una humanidad indescriptible, la hospitalidad deseada por cualquier viajero. La despedida no fue placentera. Hubo dolor. Mercedes veía cómo el llanto de las amiguitas le desbarataba el estómago. En vano iba a soltar las lágrimas porque sabía que su padre no daría vuelta atrás.



## Relato 89

La mujer, aunque sea la más hermosa, pelea con su cuerpo; aunque tenga el mejor cuerpo del mundo, no está satisfecha. Algo no le va bien. La nariz, los senos, las piernas, los pies, el perfil... no importa que sea la más bonita, algo evita de sí. El primer duelo que tiene que elaborar una mujer hermosa es la aceptación de su cuerpo, tal y cual como es. El cuerpo espléndido, que otros elogian, muchas veces es despreciado por su propietaria y, tal vez, desperdiciado. Para la belleza del cuerpo, el tiempo es su peor enemigo. En la medida en que pasan los años, poco a poco va decayendo esa hermosura natural que provino, sin darse cuenta, como un milagro de nacimiento. De la noche a la mañana van apareciendo en la cintura, en las caderas, en el vientre –esos mismos lugares que antes fueron jóvenes y atractivos– llantas, dobleces, grosores, densidades que arruinan la estética corporal. Las grosuras salen de las ancas y la panza, y derrumban la seducción. El duelo o la aceptación del cuerpo bello que se deteriora tal cual es, llega la mayoría de las veces a destiempo.

Cuando la mujer hermosa no ha caído en la cuenta de que ya su cuerpo perdió la gracia conflictiva de su juventud, entonces, sin haberse acomodado al nuevo cambio, la fealdad, como una carga intolerable, se convierte en un martirio que ella no esperaba. Antes estaba insatisfecha con su hermosura; ahora, esa insatisfacción se transforma en su contrario, en algo que ya se fue, en algo que ya no tiene. Una paradoja constante existe en la mente de la mujer hermosa. Ese conflicto lo profundiza la huida de los elogios: los que antes eran abundantes, ahora se esfuman, y se vuelven un anhelo perdido. A partir de esa pérdida, a partir de ese instante, proviene otro duelo: el de la nostalgia por el hermoso cuerpo que se fue. Si la primera situación que vivía en su juventud era la de insatisfacción con su cuerpo joven, ese que se le mostraba como algo incompleto, como una pieza que le falta algo, ahora se perfecciona con este otro nuevo duelo: el de la madurez. Un duelo que se presenta como una aflicción por no haber aprovechado a plenitud sus años de belleza. Por haber vivido insatisfecha consigo misma. Por haber desperdiciado el tiempo. El cuerpo atractivo y deseado que antes ostentaba ya se ha ido, y se convierte entonces en una nostalgia dilatada, en un recordatorio, en una carga. Hay un abismo entre la mente y su depositario. Cuando los parámetros de la comodidad, el gozo y la satisfacción huyen; cuando la medida de la felicidad la constituye solamente el cuerpo perfecto al que le falta algo, el ser de la mujer hermosa se ve aferrado a una inestabilidad permanente. Su vida de belleza absoluta, en la práctica se convierte en un dolor, en un sufrimiento, en un verdadero martirio. Los otros la admiran, pero ella no siente esa grandeza por la que muchos la desean. Una paradoja existencial se convierte en su brújula, en la guía de su vida.

Esta es la forma de pensar que Eva Juliao les transmitía a sus hijas. Ella las había preparado para que pudieran asumir las arrugas y el envejecimiento del cuerpo; que asumieran la pérdida de la juvenil seducción femenina en medio del afecto de la familia. Cuando la mujer ha sido abandonada por la seducción, sufre una pérdida, que es igual a la muerte de un ser querido. Estar al cuidado de una familia, estar al frente de la forja de nuevos seres humanos, le impone una obligación a la moral y al cuerpo femenino, y eso significa poner a un lado el martirio de la seducción. Para Eva, esas obligaciones que implican el gasto de la belleza se convertirán en satisfacciones diferentes a los elogios por el cuerpo, y se transforman, en la mujer madura, en otros deleites,

en placeres sencillos y ricos, los mismos que con el tiempo reemplazarán a las curvas sensuales de la juventud. El esfuerzo y el sacrificio por las personas que se aman entre sí, producen una de esas complacencias; el amor por la crianza de un ser que te ama y que tú amas, produce afectos tales que no tienen precio intercambiable en la vida, que son únicos y que podrán estar, con el tiempo, por encima del mismo cuerpo. Ver crecer a los hijos. Ver el anochecer de los abuelos, gozar con los padres y fraternizar con los tíos, tener amigos sinceros, discípulos agradecidos, gente que te ame y que tú quieras, es apreciar la vida con verdadero norte, la vida con un sentido diferente a esa carne hermosa que poco a poco se vuelve fea. Debemos considerar, comenta Eva, que esa parte del sacrificio diario que desgasta el cuerpo hermoso, va a convertirse alguna vez en otra forma de belleza. Cuando ya no esté entonces la hermosura física en el cuerpo, se podrá ver que ha valido la pena invertir la energía vital en búsqueda de una nueva belleza, esa que no se ve con los ojos, esa hermosura que se siente en lo profundo del alma. La verdadera belleza del ser.





Eva previene a sus hijas del duelo por el cuerpo hermoso, enseñándoles a sus herederas principios de actuación para que entreguen su belleza, no a un hombre, ni a una generación desestabilizada por la pasión de la sensualidad corporal, sino para que se la entreguen a la raza humana que las vio nacer. Empezando con ser leales con el tiempo estético, ese que no perdona excusas. Ese que no puede doblarse ni retrotraerse. Cuando se cuida a los seres queridos y, entre ellos, a los propios hijos, a los amigos, a los parientes que te necesitan, a La Aldea misma, cuando se lleva a cabo esta labor, se está cuidando a la raza humana en general. Se está fabricando otro tipo de belleza en la mente de la mujer. Es entonces cuando podemos decir que se está cultivando en nosotros mismos la ternura por el otro ser.

Eva se distancia de la posición fiscalista del cuerpo. De la mujer que, siendo joven y hermosa, se queja de algunos detalles que no la satisfacen. La joven pelea con su cuerpo fresco y, luego, cuando este envejece, empieza a quejarse de no tener el mismo cuerpo que antes rechazaba. La paradoja de la inmadurez. Esta contradicción se agranda cuando la mujer es amada por su pareja solamente en razón de su cuerpo. Cuando una relación se basa en estos parámetros, se derrumba fácilmente, y la mujer pasa, con una rapidez impresionante, de ser apetecida, a ser despreciada. El cuerpo, tratado de esta forma instrumental, puede ser un aliado algunas veces, pero luego se transforma en un enemigo mortal de la propia persona. Para Eva, la sustancia de la belleza corporal se transmuta en un sufrimiento que hay que saber manejar y, en el fondo, no es una prerrogativa. Ser hermoso no es una ventaja. Quien es bello, sufre. Porque no sabe qué hacer con esa superioridad que ostenta, no sabe qué hacer con esa ventaja que le da su cuerpo. En el momento en que posee esa preferencia, muchas veces no cae en la cuenta de que se ha pasado la vida contemplándose a sí misma y encerrándose en un círculo de derrotas narcisistas; pero puede llegar ese momento en que se percata de que ha desaprovechado su preeminencia tratando de utilizar la

hermosura como una herramienta. Cuando realmente quiere aprovecharla como una cualidad de su ser, muchas veces, la mayoría de las veces, ya es demasiado tarde: la belleza física se ha ido, quedando solo la nostalgia por un pasado corporal.

Es entonces cuando la mujer cae en la cuenta de que se han ido los aplausos y las miradas se dirigen a otros lados. La belleza, para Eva Juliao, es angustia porque consiste en un sufrimiento basado en el cuerpo; lo bello del cuerpo no sirve sino para deshacerse en él. Eva Juliao les decía estas palabras a sus hijas porque había recibido noticias de su sobrina, la Nena Juliao. La Nena quería volver a casa de los Juliao después de siete años de convivir con sus tres maridos. Eva estuvo en contra de aquella locura de su sobrina. La Aldea se hizo la de la vista gorda y aceptó la condición de la Nena Juliao con sus tres maridos, pero los aldeanos no la compartían. La Nena se volvió un sujeto aislado y extraño. Cuando llegó la razón del regreso de su sobrina, lo primero que mencionaba la Nena era que su hermosura se le estaba yendo, que le quedaban pocos años de belleza y los quería compartir con alguien que ella amara realmente. Un solo hijo unía a los tres padres con ella. Pero ella aún deseaba un verdadero amor. Habló con su tía para entregarle el niño en adopción. El juez hizo el trámite tan rápido como pudo. Una mujer con tres maridos es algo inmoral, dijo el juez. La adopción se dio en menos de un mes. Cuando se decretó el amparo judicial, ya la Nena estaba en Jamaica. Les dejó una nota a los tres papás. Me fui. Me voy con mi futuro esposo. Dejo al niño con mi tía para que ustedes puedan verlo. El Negrito Balía empezó a beber licor de manera ininterrumpida. Se quería quitar la vida. Loaiza lo acompañaba en su frenética decisión alcohólica. Los dos lloraban. Cuando se enteró Katime, su tercer marido, se les sumó al lamento. Después de varios meses de licor, Katime se convirtió a una religión budista. El Negrito Balía encontró novia y Pedro Loaiza empezó a merodear a una de las hijas de Juliao, pues su parecido con la Nena lo tenía fascinado. Eva convenció a los tres papás para que le dejaran a su cuidado el niño, ella como tía lo iba a terminar de criar. Accedieron. De la Nena se supieron pocas cosas. Se dijo que de Jamaica había cogido para Aruba, y de ahí para Europa. Que su nuevo marido murió a los tres meses, y que después se mudó con un irlandés. Que no había tenido otro hijo. En La Aldea, a veces, los domingos, el Negrito Balía, Pedro Loaiza y Katime, se juntaban y jugaban dominó debajo de los trupillos del antiguo campo de fútbol. Después de una jornada y de una caja de ron caña, venían las lágrimas. Luego de tanto llanto se recogían y volvían a su vida normal. No era fácil olvidar a una mujer como la Nena Juliao.

# Relato 94

No había que darle la oportunidad para cobrar un favor. Supuestamente había sido un buen amigo, con apariencias de ser sincero. Trataba siempre de demostrarlo. Daba muestras de sentir dolor por el mal ajeno, a veces trataba de ayudar en algo, si tenía la oportunidad de hacerlo. Sacaba a un allegado, o a un conocido, de uno que otro apuro. Pero hasta ahí. Cuando se le pedía una ayuda verdadera y completa, se negaba. No podía sostener ese principio de solidaridad que, a veces, le brotaba espontáneamente o por un ratico, y luego se diluía. Después de haber hecho el cuasifavor, le pasaba al beneficiario respectivo la cuenta de cobro, de tal manera que el dolor que infligía en búsqueda del retorno de su inversión, hacía olvidar los buenos oficios que había hecho con su dádiva minúscula. Los procedimientos por medio de los cuales recuperaba lo invertido, delataban su ser. Avendaño había sido un hombre cruel y despiadado que utilizaba a sus amigos como instrumentos para escalar en su vida diaria. Cuando estos amigos no le servían a su interés, los apartaba, los botaba como si fueran amistades desechables. Para él, las personas eran seres-herramientas, como esos utensilios que se usan por algunos momentos para un asunto determinado; luego de que cumplían su función instrumental se hacía necesario apartar a esas personas, desecharlas, y hallar otros utensilios análogos. Avendaño había pasado por el Puerto, pero no gustó de su mundo, lo vio tan bajo. Llegó después a La Aldea a visitar la casa de sus parientes opulentos. Estaba soltero a pesar de sus cuarenta y tantos años. En la metrópoli tenía la capacidad de ser un hombre que aparentaba amor a sus mujeres, cuando las podía tener. A las mujeres de la metrópoli les gustaba este tipo de varón, soltero, adinerado, rudo, tacaño, egoísta y, sobre todo, malvado. Estar soltero le daba ese atractivo que no tienen los casados. El de un hombre aparentemente libre y dispuesto para el comercio sexual. No tenía amantes, solo novias esporádicas también cuarentonas como él. El no tener esposa le servía a su modo de vida. El no querer elegir a una mujer para “amarrarse” lo mantenía encadenado a su ego. Le gustaba vivir suelto. Ejercer la soltería. Pero había dejado la capital porque allá, esa vida de alto egoísmo y perversión, lo angustiaba. Aunque él era de la misma calaña, o peor. Esa multitud de personas en las calles de la gran metrópoli, que no se ven ni se tocan, que viven solas en medio de una avalancha humana que transcurre como si fueran grupos enfrentados unos contra otros. Desconociéndose. Acechándose. Ejerciendo el pavor de la convivencia humana entre potenciales enemigos que no quieren verse sus rostros. La urbe se manifestaba como el reino de la indiferencia. En la metrópoli se corría el riesgo de jugar al hombre siniestro, al desconocido, ignorado, anónimo, al incógnito que solo camina por las calles y ve un cúmulo de casas y personas que, como él, están ahí, al lado de un abismo. Aunque Avendaño en la capital vivía como un hombre de multitudes, las masas lo horrorizaban. Los ríos de hombres y mujeres, que no son más que cuerpos sin un hilo conductor que los amarre, le causaban terror. Había ganado fama de buen orador y había practicado el liderazgo sindical. Como dirigente obrero aprendió a tratar con el bajo y el alto mundo, como supuesto defensor de los pobres y de los desamparados, pero en el fondo era un negociante de sus propios intereses. Defendía a los trabajadores y comía en la mesa de los empleadores. Cuando estuvo de paso por el Puerto, sus habitantes no se percataron de quién era Avendaño, no

tenían ni idea de su oficio, de lo que había sido su vida metropolitana, de quién era él realmente. Había llegado al Caribe huyendo de la capital. No por haber sido denunciado en algún delito —aunque había cometido muchos—, sino porque un día de aquellos, en la capital, sintió una soledad profunda, tan profunda que lo iba a matar. Era una fuerza interna que se clavaba en su pecho y lo paralizaba. Una soledad fría que se le metía en las tripas y le daba vueltas y vueltas, hasta marearlo. Se decía a sí mismo, no es posible que de tanta gente que está aquí a mi lado, miles, cientos de miles, millones, yo no conozca a nadie de forma verdadera y real; que, en medio de esta multitud, no se encuentre nadie que se interese realmente por mi ser y, lo peor, que yo no sienta nada por ellos. Es como si el género humano hubiera explotado y solamente existiera una masa informe que gobierna sus espíritus. Como si la civilización jamás hubiera existido. Como si ya no fuéramos hombres y mujeres, como si fuéramos solo estas cosas que andan en dos pies, que van corriendo, prestos a producir y, luego, a embriagarnos; hacemos sexo casual y después tranquilamente nos acostamos a dormir. Avendaño, un día, se levantó y salió como de costumbre hacia su sindicato; cuando estuvo en la mitad de la carretera asomó el rostro en medio de la autopista donde había carros por montón, la muchedumbre iba y venía. De improviso algo se apoderó de él, se sentía levitando como si caminara en el aire, por encima de las calles y las bancas. Una alucinación o un delirio. Después de que sus pies volvieron a tierra, sintió, en medio de la metrópoli, cómo una muralla le caía encima; la soledad de la capital estaba ahí como un gigante, como un dinosaurio moderno, asomando sus mandíbulas preparadas para devorar lo que le quedaba de vida. Veía a las personas transitar, pero no las sentía humanas. El desierto de las multitudes y ese desolado espíritu que guiaba a cada quien en su afán, se lo estaba tragando, lo embutía y luego lo vomitaba. Sintió repulsa por sí mismo. Quería morirse, pero sabía que, en el fondo, la vida le podía dar otra oportunidad. Tenía que huir de ahí. Buscar un lugar donde poner los pies sobre la tierra y un territorio en que pudiera dar cuenta de su existencia. Un lugar donde la vida tuviese un valor inmenso y se pudiese apreciar nuevamente el palpitar de las cosas más elementales que sostienen la existencia. Alguna vez le habían hablado de un lugar, cerca del mar, adonde llegaban barcos de todo el mundo. No lo pensó. Para llegar hasta allá tenía que ir primero a Honda, coger un barco que lo podía llevar por todo el río, luego arribar hasta el puerto de Barranquilla, y de ahí tomar una embarcación por el mar que lo acercaría al Puerto. Efectivamente hizo la ruta. Cuando llegó al Puerto sintió un alivio, pero consideró que no era el lugar que buscaba. El mar le aliviaba la soledad, pero no se la quitaba del todo. Le hablaron de la pequeña Aldea-Debajo-de-la-Montaña, un lugar tranquilo que había sido construido por agricultores y jornaleros, gente que vivía en paz consigo misma, en medio de la selva. Avendaño llegó a La Aldea un Domingo de Pascua. Cuando vio a sus habitantes compartir los alimentos, personas que hablaban y reían en un antiguo campo de fútbol, ahora convertido en un cultivo de trupillos con bancas adaptadas para conversar y colgar hamacas, sintió que había encontrado lo que buscaba, eso que estaba deseando desde hacía muchos años. Cuando los vio reír, de inmediato lo poseyó una gran paz interior. La presión solitaria que le constreñía el pecho se le esfumó de repente. Se sintió un hombre diferente. Como si naciera de nuevo, como si otra vez fuera un chiquillo travieso, un niño real e inocente. Cuando llegó, habló con Poncho Zagarra, amigo de sus parientes. Poncho vio el entusiasmo de Avendaño. Aquí te puedes quedar, le dijo Poncho.



Coge ese lote que es mío y construyes una casa. Avendaño le ofreció pagar por el lote. Poncho no aceptó. Cuando Avendaño vio que alguien que él no conocía podía ser capaz de regalar algo tan valioso como un pedazo de tierra para una vivienda, se dio cuenta de que en su vida él había sido un rufián, un perverso, un hombre malo. La metrópoli le exigía que fuera una persona ruin y cruel. Al encontrar un alma buena como la de Poncho Zagarra, capaz de quitarse el plato de comida de su boca para repartirla a los hambrientos, Avendaño quedó apabullado. Esta acción le regalaba a él, no un pedazo de tierra, sino una lección de vida. No por lo que costaba el lote, sino por el gesto de brindarle algo tan hermoso como la amistad. Convivir en medio de una fraternidad, donde las personas comparten el pan y la vida de una manera tan sencilla y tranquila, no tenía precio en oro ni en plata. En la metrópoli, Avendaño había ejercido el fraude, la confabulación, el atajo y la tramoya. Al ver a esas personas reír juntas, disfrutando el gozo de sentirse hombres, ejercitando la humanidad sin tapujos —personas adineradas revueltas con humildes aparceros, que comparten su trabajo y conviven contentos y satisfechos— cayó en la cuenta de que había desperdiciado hasta ese momento su vida. La metrópoli le había inculcado tantas mentiras, que se las había creído todas, teniéndolas por ciertas. Sintió lástima por los que se habían quedado allá, millones y millones de personas mintiéndose entre sí, haciéndose trampa. Al mismo tiempo sintió la libertad, experimentó una verdadera liberación. La soledad que había sentido por años se había ido, y ahora empezaba una vida diferente. Entonces dijo en voz alta: “Lo único que me puede sacar de esta Aldea Debajo de la Montaña es la muerte.” Y empezó a construir su casa. Los vecinos le ayudaban. La hija del viejo Balía se ofreció para acompañarlo. Después vinieron los hijos...

Disponible desde el 16 de Diciembre de 2020 en todas las librerías de Colombia. Solicitudes expresas a través de las siguientes direcciones electrónicas:

Instagram: [la\\_aldea\\_novela](#)

Facebook: Bruno Elías

Correo electrónico: [paidiaconsultores@hotmail.com](mailto:paidiaconsultores@hotmail.com)

Editorial Milenio - Cartagena- Colombia.

Calle Larga, C.C. Getsemaní Local 1A 128, 1ra Rotonda

Contacto: (5) 678 7270 - 311 424 2923